

*LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA ITALIANA Y EL PORVENIR
DE LA DEMOCRACIA EN ITALIA*

La elección presidencial italiana ha puesto de manifiesto que Italia no sólo padecía una crisis económica—lo cual se sabía desde hace varios meses—, sino que también padece una crisis política que bien pudiera ser más seria. La inflación parece contenida—al menos de momento—y, si los remedios adoptados para contenerla han frenado un tanto la actividad económica y creado cierto malestar en las masas, se puede confiar en que esos males se irán atenuando en plazo más o menos largo. En cambio, la situación política se impone turbia y susceptible de aportar alteraciones importantes, cuando no decisivas.

La extensión del mal se ha revelado con motivo de la elección del sucesor de Antonio Segni a la Presidencia de la República. El ataque de hemiplejía que, el pasado verano, dejó fuera de combate al jefe del Estado italiano, puso en un apuro a los jefes de los partidos de la coalición gubernamental. Estos no olvidaban cuán laboriosa fué la elección del hombre de Estado sardo: durante varias votaciones, la Democracia cristiana no había logrado triunfar del candidato laico. Finalmente, el apoyo de la derecha permitió su victoria. Pero la mayoría que votó a favor del presidente era distinta de la mayoría parlamentaria “centro-izquierda”, dirigida por Amintore Fanfani y, posteriormente, por Aldo Moro. Ahora bien: la Democracia cristiana, el partido incuestionablemente más numeroso del Parlamento, no tenía a mano a un candidato que gozara de un crédito semejante al del profesor Segni. El profesor Fanfani, la personalidad más vigorosa del partido, no sólo es detestado por la derecha, que lo acusa de haber maquinado “la apertura a la izquierda”, sino que hasta parece ser sospechoso a un sector de sus camaradas de partido. Aldo Moro, más desdibujado, más tranquilizador acaso, despertaba las mismas objeciones entre los moderados. El partido católico tuvo que conformarse con el antiguo pre-

sidente de la Cámara, Giovanni Leone, que había presidido el Gabinete de espera democrático-cristiano antes de la segunda experiencia "centro-sinistra" de Aldo Moro. Este meridional amable y moderado tenía la cualidad de no suscitar odio. Sin embargo, se situaba más cerca del centro-derecha que de la izquierda.

Ello bastó para que esta última lo rechazara, presentando a su vez candidatos laicos: al senador comunista Tarracini, al social-demócrata Saragat, ministro de Asuntos Exteriores del Gabinete Moro, y al socialista disidente Malagugini. Mas como los liberales y los neo-fascistas también tenían su candidato, se pensó que habría unas cuantas votaciones sin resultado. Pero nadie se esperaba a que el Parlamento italiano, con 21 votaciones, batiera y con mucho el *récord* de duración de las elecciones presidenciales, detentado por la IV República francesa, ello para permitir a Saragat, candidato laico y anticomunista, ser elegido por una mayoría heterogénea comprensiva de la mayor parte de los parlamentarios del partido demócrata-cristiano y el bloque comunista.

En ocasión de las últimas votaciones, la prensa mundial se ha escandalizado del espectáculo ofrecido por el Parlamento de Roma. Sin embargo, tal vez le conviniera sorprenderse menos de cuanto lo han hecho por esas largas intrigas y esas alianzas paradójicas en las que se ha desembocado bajo el imperio de la necesidad. Las elecciones realizadas por un colegio electoral restringido son con frecuencia fértiles en maniobras e intrigas. En la democracia francesa no faltaron episodios de este género: recuérdese, por ejemplo, la increíble alianza de los radicales de Gambetta y de los "corceles ligeros" legitimistas contra los orleanistas con motivo de la elección de los miembros inamovibles del primer Senado de la III República; el fracaso de Clemenceau, provocado por las maniobras de pasillo de Briand, a raíz de la primera guerra mundial, y la elección de René Coty. Piénsese también en los interminables *cónclaves* de antaño, tan interminables que suscitaron la redacción de un reglamento draconiano que racionaba progresivamente los alimentos a los cardenales si éstos no lograban designar a un Pontífice en plazos razonables. Añádese a este defecto inherente a los colegios electorales restringidos, la afición de los políticos italianos por las combinaciones sutiles y se tendrá una explicación plausible de tan larga batalla electoral.

Hay un hecho que parece tener más grave alcance: la incapacidad de la Democracia cristiana para formar un bloque en torno a su candidato.

Giovanni Leone fue derrotado en primer término por los miembros de las fracciones disidentes de su propio partido. De tenerse a formas de expresión teatrales, podría decirse que el candidato oficial de la Democracia cristiana fue apuñalado por la espalda por sus correligionarios, el honorable Fanfani y el honorable Pastore, sea por los dirigentes de las corrientes izquierdistas del partido católico italiano. Digamos más bien que fue víctima de la indisciplina de sus compañeros de partido. Con todo, preciso sería determinar si Fanfani estaba movido por la intransigencia de una doctrina o si maniobraba para entrar como triunfador en el Palacio del Quirinal en lugar de su amigo Leone. Son muchos quienes se inclinan en favor de la segunda de estas hipótesis. Algunos, como el brillante periodista del *Corriere della Sera*, Indro Montanelli, así lo manifestaron incluso antes de la reunión de los grandes electores en Montecitorio. "Si la jugada para llegar al Quirinal le salió bien en tiempos al veleidoso Gronchi—escribía Indro Montanelli—, ¿por qué no habría de salirle bien a él (Fanfani), que tiene por lo menos el valor de estar libre de prejuicios y que lo muestra con intrépida ostentación?"

En efecto, existía el antecedente Gronchi, que parecen haber olvidado los comentaristas extranjeros de 1964. Cuando se trató de elegir al sucesor del austero liberal Einaudi, primer presidente del régimen, la Democracia cristiana lanzó la candidatura del moderado Merzagora, que no podía ser motejado de "clericalismo" por los liberales y por ciertos miembros del centro. Los comunistas, que no querían a ese gran parlamentario que osaba a veces hacer la crítica de la vida política italiana actual, tuvieron la idea de votar en favor del presidente de la Cámara, Gronchi, un demócrata cristiano de izquierda que se les antojaba más asequible a sus sugerencias. De esta forma consiguieron mantener a jaque a Merzagora, y luego que Gronchi fuera elegido. Fanfani, demócrata cristiano de izquierda, como Gronchi, aun cuando haya censurado recientemente "la apertura a la izquierda", idea que había lanzado él y que él mismo había llevado a la práctica, podía abrigar la esperanza de tener el mismo éxito que Gronchi y por las mismas razones. Por este motivo, los hombres de su fracción y de la fracción sindicalista, se abstuvieron de votar en favor de Leone en las primeras votaciones, depositando luego en la urna votos con el nombre de Fanfani. Aunque no obtuviera más que 18 votos en la primera votación, el antiguo presidente del Consejo llegó a conseguir 132 en la séptima, en tanto que Leone se estancaba en 313 y Saragat en 138. De haber votado

los comunistas en ese momento en su favor, como lo hicieron en tiempos de Gronchi, y de haber seguido su ejemplo los socialistas, convencidos de su fracaso final, el jefe de la izquierda demócrata cristiana hubiera ganado la partida merced a una mayoría que no hay otro remedio que llamar de Frente Popular.

El cálculo estaba errado; sin embargo, en las votaciones siguientes, los sindicalistas demócratas cristianos de Pastore—unos cuarenta diputados—se negaron a apoyar a Fanfani. Los comunistas siguieron cabalgando solitariamente, y si Saragat se retiró, su rival Nenni salió a la palestra en su lugar, lo que impidió que los socialistas se agruparan en torno a un candidato de otro color político. ¿Desanimó a Fanfani este corte en seco? ¿Se alarmó ante la censura que el diario del Vaticano, *l'Osservatore Romano*, dirigió a los disidentes del partido mayoritario? ¿Hubo, como se susurró en los pasillos de Montecitorio, una intervención directa del Vaticano para poner en guardia al hombre político demasiado sutil contra los peligros de su política?

En todo caso, el martes 22 de diciembre, Fanfani hizo saber que se retiraba de la lucha dejando el campo libre a Leone. Pero la retirada de Fanfani y la de Pastore no habían de dar más votos al campeón de la Democracia cristiana. Numerosos miembros de su partido persistían en negarle sus sufragios. Algunos expresaron su mal humor contra la injerencia—exacta o hipotética—de la jerarquía eclesiástica, votando en favor del hermano del Papa, el senador demócrata cristiano Montini. Un humorista se declaró en favor de la anciana actriz Emma Grammatica. Visiblemente, la majestad de la Democracia italiana no salía crecida de estas intrigas.

El señor Leone, que desde hacía días llevaba en el bolsillo una carta comunicando su desistimiento, se decidió finalmente a abandonar la lucha a su vez. Su partido, al perder la esperanza de restablecer su unidad en torno a un candidato, renunció a presentar a otro. ¿Había sonado la hora de Nenni, sostenido por el Frente Popular? No, por reconciliarse los demócratas cristianos en un voto negativo y votar en blanco, lo cual impidió que el *leader* socialista fuera elegido al no lograrse la mayoría requerida. Para poner término a la situación, se adoptó un compromiso. Saragat sería remozado no en cuanto candidato laico, sino como campeón del centro izquierda. Recibiría, pues, el apoyo de los demócratas cristianos, lo cual, junto con los votos de los socialistas demócratas, permitía que se rozara la mayoría. De sacrificarse Nenni en el altar de la solidaridad democrática,

la elección era cosa hecha. Pero Nenni, quien había tenido un altercado bastante agrio con Saragat, no abandonó la partida. En la primera votación, el socialista duro sostenido por los comunistas obtuvo 380 votos, contra 311 en favor de Saragat, al que parte de la Democracia cristiana tampoco quería elegir.

El centro-izquierda tuvo que resignarse entonces a pasar por el aro que el jefe comunista, Luigi Longo, le había preparado. Saragat envió un emisario a los partidos "democráticos", el señor Tarassi, para solicitar sus votos. Longo estimó que no era suficiente y mandó votar en favor de Nenni, que nuevamente llegó en cabeza. En la noche siguiente, Saragat hubo de redactar un llamamiento dirigido a todos los partidos—salvo al M. S. I. neofascista—, requiriendo sus sufragios. Se lo entregó personalmente a Luigi Longo. Este se declaró satisfecho. Al día siguiente, Nenni retiraba su candidatura y Saragat era elegido por 646 votos contra 56 en favor del liberal Martino, 40 en favor del neo-fascista De Marsanich y algunos votos dispersos en favor de Rossi, Fanfani, Pastore, Leone y La Pira. Quedaba, por fin, un bloque de cien abstencionistas difíciles de identificar, por ser el voto secreto y por asegurar todas las fracciones demócratas cristianas que habían respetado la disciplina. Los diputados del centro insinúan que posiblemente los comunistas se han dividido, votando unos a favor de Saragat y depositando los demás votos en blanco, con la segunda intención de que tales abstenciones se atribuyeran a los demócratas cristianos al objeto de reforzar las divisiones de éstos. Semejante maquiavelismo no es imposible al tratarse de los comunistas. Pero, ¿era preciso desplegar tanto ingenio para dividir un partido cuyas divisiones son cada día más profundas?

* * *

La Democracia cristiana gobierna a Italia desde hace diecisiete años con el apoyo de los pequeños partidos del centro. Padece un desgaste del poder, lo cual está en el orden natural de las cosas. También padece de la carencia de jefes de envergadura y más aun de una doctrina política sólida. A raíz de la guerra que había visto hundirse el fascismo y llevarse a cabo persecuciones sangrientas que los partisanos del C. L. N.—comunistas la mayor parte de las veces, pero no siempre—dirigieron contra los fascistas y contra numerosos notables a quienes se colgó el sambenito de fascistas, para que fuera más cómoda su eliminación, los italianos se pronunciaron

por la Democracia cristiana que les proponía un programa tranquilizador basado en la paz, la libertad, la concordia, y que se apoyaba en la Iglesia, única fuerza capaz de contrarrestar al marxismo armado de aquella época. Detrás de De Gasperi y del núcleo de antiguos discípulos de Dom Sturzo, se agruparon católicos militantes, jefes de empresa y burgueses a la búsqueda de tranquilidad, obreros, antiguos fascistas preocupados de evitar persecuciones: en el fondo, una muchedumbre heterogénea. Una excelente organización, fondos considerables que permitieron una enorme propaganda y la influencia del clero, singularmente eficaz en las mujeres que recibían el derecho de voto, permitieron al partido católico lograr con mucho el primer puesto en la vida política italiana. El temor al comunismo y, más tarde, la creciente prosperidad del país mantuvieron unidos a elementos dispares. Durante unos años, ayudado por el éxito, el partido demócrata cristiano pudo regir el Estado a su antojo. Fué bajo su dirección cuando Italia consiguió una paz relativamente moderada—la destrucción del imperio colonial, no siendo sino el prólogo de la “descolonización” europea—, que levantó al país de las ruinas de la guerra y, por fin, cuando se inició la expansión económica que ha incitado a proclamar “el milagro italiano”.

Pero, a partir de la muerte de Alcide de Gasperi, a la que siguió la pérdida de la mayoría absoluta de su partido en la Cámara, las divergencias entre los clanes—que hasta entonces habían permanecido subyacentes—aparecieron a la luz del día. El cambio de alianzas consiste en abandonar el entendimiento con los liberales, sospechosos de constituir un partido capitalista, para entenderse no sólo con los socialistas “occidentales” de Saragat, sino también con los socialistas duros de Nenni—ex aliados de los comunistas y que seguían estando en buenos términos con ellos—provocó profundos remolinos en el seno de la Democracia cristiana. La corriente de derecha dirigida por Mario Scelva censura “la apertura a la izquierda”. La corriente izquierdista de Fanfani, la corriente de extrema izquierda de Pastore y la corriente moderada de Aldo Moro y del secretario general Rumor, aceptan la unión con los marxistas. Bien es verdad que según sean las fluctuaciones de la vida política, así cambian las posiciones, y que se ha visto a Fanfani criticar las concesiones hechas por el presidente del Consejo, Moro, a los partidos socialistas, y poner en tela de juicio la apertura a la izquierda, de la que era el padre.

La apertura a la izquierda ha alejado de la Democracia cristiana a

cierto número de burgueses que se han pasado al partido liberal. No le ha aportado los elementos de izquierda que trataba de captar. Por lo tanto, finalmente se ha debilitado. En las elecciones provinciales de 22 y 23 de noviembre de 1964, este hecho se ha confirmado; en 1960, la Democracia cristiana representaba el 40 por 100 de los votos; en 1964, sólo tiene el 37,36 por 100. Por el contrario, los comunistas que representaban el 24,27 por 100 de los electores en 1960, han pasado a 26,02. La gran operación política que había de aislar al comunismo, ha desembocado, por consiguiente, en un fortalecimiento de éste, en tanto que ha perdido puntos el partido mayoritario.

Esta lección había suscitado polémicas en el seno del partido católico. Al acrecentar las divergencias entre las diversas corrientes, tal vez hayan contribuido a la indisciplina y a la impotencia que se han puesto de manifiesto en ocasión de las intrigas del palacio de Montecitorio. En todo caso, por no haber sabido salvaguardar su unidad, el partido mayoritario italiano ha perdido a la vez la Presidencia de la República y gran parte de su prestigio.

Cierto es que las querellas de los demócratas cristianos pueden ponerse en armonioso parangón con las disidencias de los socialistas. Desde la accesión al poder del C. L. N., el partido socialista se ha escindido en tres trozos: los socialistas demócratas, los socialistas nennianos y los socialistas unitarios, que se han negado a seguir a Pietro Nenni en su colaboración con los "clericales" de Aldo Moro. En las elecciones del pasado noviembre, estos partidos han logrado respectivamente el 6,6, 11,3 y 2,90 de los votos. Unidos, los socialistas constituirían una fuerza respetable. Separados, tienen menos peso, atraídos como lo están unos por la izquierda, otros por el centro. Sin mencionar siquiera los forcejeos en el grupo más poderoso, el socialista, pues Nenni, que colabora con el centro, se ve frenado por Lombardi, más anticapitalista que él.

La situación no se presenta mucha más clara a la derecha, donde las divisiones de los monárquicos han reducido su partido a la nada y donde el M. S. I. ha puesto de manifiesto serios desacuerdos en ocasión de su último Congreso.

El régimen de los partidos adoptado por Italia como reacción contra el autoritarismo fascista y para complacer a los anglosajones conduce, pues, a una pulverización de las formaciones políticas que se impone como no exenta de peligros. Los fundadores de la República italiana soñaban con

una Democracia equilibrada en la que dos o tres partidos se turnaran en el poder. Las disidencias y las "corrientes" han echado por la borda estas perspectivas optimistas. Incrímínese el individualismo latino o las taras de la representación proporcional, el hecho es evidente. Ello no deja de recordar la Alemania de Weimar y la IV República francesa, que ambas terminaron mal.

Pero el caso es que no se vislumbra en Italia al hombre fuerte que asuma el papel que desempeñaron en aquellas coyunturas Hitler y De Gaulle. El peligro más bien vendría del partido comunista. En efecto, tan sólo los liberales y los comunistas son quienes presentan un frente unido, ya que las famosas divisiones entre pro-rusos y pro-chinos, de la que tanto ha hablado la prensa "burguesa", apenas si han tenido efectos visibles hasta ahora. Los liberales han ganado puntos, pero siguen siendo una minoría. Los comunistas, por el contrario, constituyen un partido fuerte, bien encuadrado, capaz de luchar en las calles, de paralizar las fábricas y de atraer a un creciente número de electores. Existía la duda de si ese partido no habría de padecer una crisis de dirección después de la muerte de Togliatti. La batalla de Montecitorio ha puesto de manifiesto que Luigi Longo sabía también él dirigir las maniobras de pasillo que exige el régimen de los partidos.

No hay que olvidar que en Italia el partido comunista sigue siendo una agrupación legal que aureola su lucha en la Resistencia contra los "nazi-fascistas" y el papel decisivo que desempeñó en la fundación de la República. (En la República italiana los apestados son representados por los neo-fascistas y no por los comunistas.) Ha sabido torcer en su provecho la política de Juan XXIII, presentando como caducas las condenas que el comunismo mereció de Pío XII. Sabe admirablemente explotar las reivindicaciones económicas de los trabajadores, para crear, merced a huelgas continuas (96.839.000 horas en los diez primeros meses de 1964) el clima de lucha social que favorece su desarrollo. El todo para él es evitar el aislamiento que se proponían imponerle los creadores de la coalición "centro izquierda". El antifascismo sirve para esto.

El antifascismo no sólo puede acercar Longo a Nenni, sino también Longo a Pacciardi e incluso al presidente Saragat. Bien lo saben los comunistas. Por ello abrigan la idea de constituir algún día un Frente Popular que sólo sería, en el fondo, la reconstitución del C. L. N. de finales de la guerra mundial. Suba su partido algunos escalones más y pierda la Demo-

cracia cristiana otros pocos o, por escindirse el partido católico, uniéndose su izquierda con las fuerzas "progresistas", como ya se vió en la Asamblea regional de Sicilia, y el plan será realizable.

El obstáculo es todavía y sin duda alguna la dificultad de mantener una política exterior común entre rusófilos y "occidentales". A raíz de la guerra, el gobierno del C. L. N. se derrumbó en razón de las divergencias entre la Democracia cristiana, que jugaba la carta americana, y los social-comunistas que seguían con tanto celo las directrices rusas que apoyaron los argumentos yugoslavos contra la tesis italiana en las cuestiones de Gorizia y Trieste. La guerra fría separó, como en toda la Europa "liberada", a los clientes de los soviets de los clientes de las Democracias occidentales. Pero el relajamiento de la tensión ruso-americana puede modificar estos factores. Si la gran negociación en pro del desarme se inicia entre Washington y Moscú, si los rusos vuelven a ser, en razón de las fuerzas que gravitan sobre la opinión mundial y que tantas veces la moldean, unos honorables demócratas un poco teñidos de heterodoxia, la barrera alzada en 1947 se derrumbará y hará posible una solución de compromiso.

* * *

No pensamos que tal solución puede lograrse en breve. El presidente Saragat ha tenido siempre una actitud pro-occidental. Se ha pronunciado en favor de Europa en numerosas ocasiones y, en tiempos, se vió a este antiguo resistente conversar en Roma con el ministro de Asuntos Exteriores de la República alemana, para buscar el medio de poner de nuevo en marcha la integración europea comprometida por el nacionalismo francés. No obstante, no es imposible que, a corto o largo plazo, se constituya durante su mandato un gabinete que comprenda a representantes de los partidos que lo eligieron. En tal caso, el presidente trataría sin duda de evitar que la política exterior italiana resultara demasiado alterada. Pero ¿resistiría durante mucho tiempo si la presión parlamentaria apoyada por la opinión de la calle le pidiera que adoptara una política neutralista?

Hay mentes claras que así lo temen en Italia, previendo que el deslizamiento hacia la izquierda iniciado por el profesor Fanfani ya no se detendrá. El régimen de los partidos muestra su nocividad, dicen. Después del fracaso final del fascismo, ya no se puede hablar de dictadura. Un golpe de Estado militar es inconcebible, pues ningún general italiano tiene pres-

CLAUDE MARTIN

tigio suficiente como para imponerse a la nación. Por lo tanto, hay que dejar que se desarrolle el juego parlamentario y, a gusto o a disgusto, poner sus esperanzas en un retorno a la sensatez por parte de los jefes de clanes de la Democracia cristiana, en su reconciliación y en su habilidad para realizar una política que vuelva a atraer a los electores que han abandonado su partido. ¿Es posible un acuerdo de este tipo? Muchos son los italianos que lo dudan. ¿Son exagerados sus temores? Por el contrario, ¿es lúcido su pesimismo? La evolución de los hechos se encargará de responder a estas interrogaciones.

CLAUDE MARTIN.